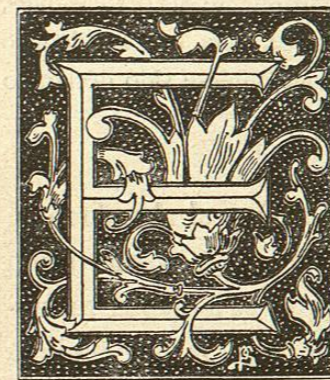


CAPÍTULO XI

EL BLOQUEO CONTINENTAL Y LA INDUSTRIA FRANCESA

PRINCIPIOS DE LA LIGA DE LOS NEUTRALES.—TIRANÍA MARÍTIMA DE INGLATERRA.—POLÍTICA ECONÓMICA Y ADUANERA DE NAPOLEÓN.—DECRETO DE BERLÍN.—DECRETO DE MILÁN. INDUSTRIAS QUÍMICAS Y MANUFACTURERAS.



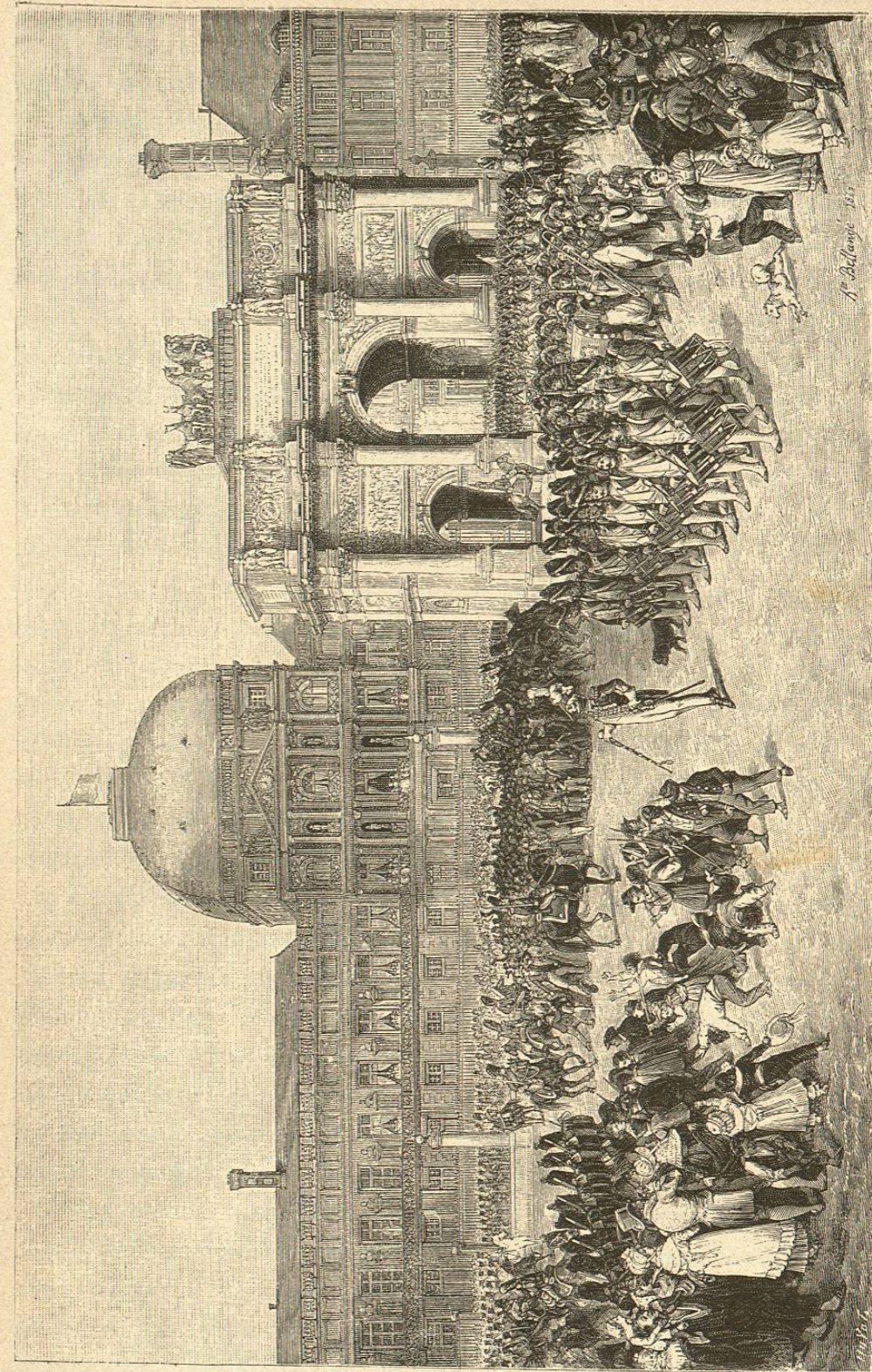
El bloqueo continental fué, por decirlo así, el hecho culminante de la política de Napoleón á partir del año 1806. Después del fracaso de la intentona de Bolonia y del desastre de Trafalgar, viendo Napoleón que no podía en mucho tiempo herir directamente á su «enemigo hereditario,» Inglaterra, se propuso atacarla por medio de una guerra de nuevo género. Francia se convirtió en defensora de la libertad de los mares y de los derechos de los neutrales, que el gobierno inglés se negaba á reconocer. Aguardóse pacientemente el momento en que las violencias cometidas por Inglaterra llegasen por fin á conjurar contra ella á todas las naciones del continente. La convención marítima de San Petersburgo (16 de Diciembre de 1800), entre Rusia, Suecia y Dinamarca, á las que luego se agregó Prusia (16 de Febrero de 1801), afirmó nuevamente, como base del derecho internacional marítimo, los principios de la decla-

ración de neutralidad de 1781, principios que, para honra de Francia, habían sido tomados de un antiguo reglamento francés de 1778:

1.º Los buques neutrales podrán navegar libremente en las costas de las naciones que se hallen en guerra.—2.º Los efectos y mercancías pertenecientes á los súbditos de las naciones que estuviesen en guerra serán libres en los buques neutrales, exceptuándose aquellas mercancías que constituyesen contrabando de guerra. Lo cual se resume en la fórmula: «El pabellón cubre la mercancía.»—3.º El contrabando de guerra comprende únicamente las armas y municiones. Preciso se hizo explicar este punto de un modo sumamente claro, pues Inglaterra, simulando aceptar estos principios, se arreglaba de modo que hacía completamente inaplicable tal disposición, entendiendo por contrabando de guerra todo aquello que pudiese ser útil, aunque fuese de un modo indirecto, á los beligerantes, como, por ejemplo, los granos destinados á provisionar las plazas sitiadas, la madera, el cáñamo ó el hierro, que podrían servir para la construcción de buques, etc.—4.º No podrá ser visitado ningún buque convoyado por otro de guerra.—5.º No se considerará bloqueado un puerto sino cuando los buques que lo atacuen se hallen á una distancia tan próxima del mismo que constituyan un peligro evidente para entrar ó salir de él. Este principio se expresa más concretamente con la siguiente frase: «El bloqueo, para ser obligatorio, ha de ser efectivo.» Principio contra el cual Inglaterra mantenía principalmente sus pretensiones, llegando hasta á exigir que prevaleciese la teoría de que, para que un bloqueo fuese obligatorio para las naciones neutrales, bastaba que hubiese sido declarado por un acto del Almirantazgo.

El bombardeo de Copenhague (Abril de 1801) y el abandono en que quedó Dinamarca por parte de sus aliados de la liga, demostraron que los neutrales no tenían ni suficiente fuerza ni se hallaban resueltamente unidos para defender sus derechos, por cuya razón, desde la ruptura de la paz de Amiens, Napoleón buscó el triunfo de su causa prescindiendo de ellos y muy pronto á pesar de ellos. No se preocupó por esto ni de sus derechos ni de sus bienes, ni siquiera de su independencia, dando por única excusa de tal conducta la defensa de la libertad marítima.

Sería curioso seguir la marcha de las ideas de Napoleón sobre el comercio, y sus exageraciones cada día mayores, que se manifestaban ya en sus declaraciones públicas, ya en sus expansiones íntimas, así como en las ordenanzas preparatorias del decreto de Berlín y después



Una gran parada durante el Imperio (1810). (Cuadro de H. Bellangé, pintada la parte de arquitectura por Duvauá, existente en el Museo de Versalles)

del de Milán, que lo amplió, y últimamente por la guerra que declaró á todas las naciones europeas para el cumplimiento de ambos decretos.

Antes de que apareciese ninguna ley de carácter general sobre esta materia, Napoleón trató de abrir nuevos mercados á los productos franceses influyendo en la moda. En más de una ocasión se lamentó de la carencia de espíritu nacional en las mujeres, ya que si lo tuviesen habrían renunciado al empleo de blondas de Suiza y de Inglaterra, y no usarían otros trajes más que los confeccionados con sedas de Lyon ó de hilo de Cambray, á cuyo propósito recordaba lo graciosas que estaban con estos trajes las jóvenes que había conocido cuando era subteniente. En la época del Consulado dispuso que no se permitiese la entrada en las Tullerías á las señoras que no fuesen vestidas con tejidos franceses; y madama Bonaparte, que poseía gran cantidad de telas de la India, recamadas de oro y plata, las regaló á la señorita Duchesnois, célebre trágica á quien protegía. Napoleón, á la par de estos dos célebres y rigurosos decretos, no se desdeñaba de recurrir á todos los pequeños recursos, que en realidad no carecían de eficacia. Cuéntase que hallándose cierto día en Saint-Cloud, en la época del mayor apogeo del Imperio, recibió la visita del alcalde de Lyon, por cuyo motivo se celebró una gran fiesta en el parque, á la que asistieron todas las señoras vestidas de etiqueta. Al regresar á palacio comenzó á llover. « Señor alcalde,—le dijo al oído el Emperador,— voy á trabajar en favor de vuestros productos.» Al llegar á la puerta se colocó en su dintel, continuando la conversación que había comenzado en el parque, deteniéndoles á todos, pues nadie se atrevió á adelantarse. Permaneció en esta actitud sólo algunos momentos, pero los suficientes para que se mojasen los trajes de seda y tuvieran que ser reemplazados por otros. Preferible hubiera sido que Napoleón no hubiese tenido que recurrir nunca á medios tiránicos para proteger la industria nacional.

Las medidas coercitivas adoptadas por Napoleón reconocían como causas el deseo de hacer progresar la industria francesa y el odio que abrigaba contra Inglaterra, dominando sin embargo este último sentimiento. Las ideas de Napoleón respecto á este punto, ideas que llevaba hasta la exageración, no eran ciertamente nuevas entre los hombres de la Revolución. En el discurso que Francisco, de Neufchâ-